



# Real Oratorio del Caballero de Gracia

30 de enero de 2019

## “La Eucaristía, fuerza y estímulo para vivir”<sup>1</sup>

### Conferencia por Internet para los miembros de la Federación Mundial de Obras Eucarísticas de la Iglesia

Estas palabras del Papa Francisco me parecen un modo adecuado de titular las reflexiones sobre la Eucaristía que expondré en esta conferencia. Antes deseo agradecer a D. Ángel Casero la invitación a impartirla que amablemente me ha hecho, por la reciente incorporación de la Asociación Eucarística del Caballero de Gracia en Madrid a la Federación Mundial de Obras Eucarísticas. He aceptado la invitación y desearía que mis palabras –



que fundamentalmente no serán más sino de tantos textos del Magisterio de la Iglesia y algunos santos– puedan ayudar a los que las escuchen a amar y adorar aún en este “misterio de fe y de amor”<sup>2</sup> que es la Eucaristía. De otra parte, estas consideraciones son como un resumen de lo que desde su fundación a finales del siglo XVI se ha procurado vivir en nuestra Asociación Eucarística fundada por el Caballero de Gracia, llamada entonces Real, Antigua y Venerable Congregación de los Indignos Esclavos del Santísimo Sacramento, hasta el nuevo Código de Derecho

Canónico de 1983. Desde los años 90 del pasado siglo, la atención sacerdotal del Oratorio y la Asociación está encomendada a sacerdotes del Opus Dei, por un convenio con la Diócesis de Madrid y la Prelatura.

**La eucaristía, síntesis del misterio de la Iglesia. Fuente y cima de toda la vida cristiana**

“La Iglesia vive de la Eucaristía. Esta verdad no expresa solamente una experiencia cotidiana de fe, sino que encierra en síntesis *el núcleo del misterio de la Iglesia*. Ésta experimenta con alegría cómo se realiza continuamente, en múltiples formas, la promesa del Señor: «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20)”<sup>3</sup>.

La Eucaristía es a la vez «fuente y cima de toda la vida cristiana»<sup>4</sup> y «contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo»<sup>5</sup>.

No debemos dejar de “asombrarnos” por la Eucaristía, que es al mismo tiempo misterio de fe

1. Francisco, *Amoris laetitia*, n. 318.

2. San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, nn. 83-94.

3. San Juan Pablo II, Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, n. 1.

4. C. Vaticano II, Const. dog. *Lumen Gentium*, n. 11.

5. C. Vaticano II, Decreto *Presbyteriorum ordinis*, n. 5.

y misterio de luz<sup>6</sup> (n. 6). En Ella se une el cielo y la tierra. Abarca e impregna toda la creación; es lo más precioso que la Iglesia puede tener en su caminar por la Historia<sup>7</sup>.

La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como *el don por excelencia*, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación. Este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre sólo *después de habernos dejado el medio para participar de él*, como si hubiéramos estado presentes. ¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros? Verdaderamente, en la Eucaristía nos muestra un amor que llega «hasta el extremo» (Jn 13, 1), un amor que no conoce medida<sup>8</sup>.

Benedicto XVI escribe: “La Santísima Eucaristía es el don que Jesucristo hace de sí mismo, revelándonos el amor infinito de Dios por cada hombre”<sup>9</sup>. Comenta que según San Agustín, lo que más mueve al alma es el amor por la verdad. Y Jesucristo es la Verdad en Persona que atrae el mundo hacia sí. Por tanto, en particular, Jesús nos enseña en el sacramento de la Eucaristía la *verdad del amor*, que es la esencia misma de Dios. Ésta es la verdad evangélica que interesa a cada hombre y a todo el hombre<sup>10</sup>. Y como en la cruz el amor de Dios por nosotros se manifiesta en su forma más radical, y la Eucaristía es la renovación del sacrificio de la Cruz, podemos decir también que el altar manifiesta ese modo radical de amarnos<sup>11</sup>.

A la vez, con palabras del Catecismo de la Iglesia nos recuerda que “la Eucaristía es compendio y suma de nuestra fe” (CIC, 1327). Por eso, el Sacramento del altar está siempre en el centro de la vida eclesial<sup>12</sup>. Y “se entiende que la Misa sea el centro y la raíz de la vida espiritual del cristiano. Es el fin de todos los sacramentos. En la Misa

se encamina hacia su plenitud la vida de la gracia, que fue depositada en nosotros por el Bautismo, y que crece, fortalecida por la Confirmación”<sup>13</sup>.

La Misa es centro porque debe ser “el punto de referencia de cada uno de nuestros pensamientos y de cada una de nuestras acciones. Nada ha de desarrollarse en la vida tuya al margen del Sacrificio eucarístico”<sup>14</sup>. Y es “raíz de la vida interior. Hemos de estar unidos a esa raíz, y esto depende también de nuestra correspondencia (...) Nuestra vida es eficaz, sobrenaturalmente hablando, en la medida de la piedad, de la fe, de la devoción con que celebremos o asistamos al Santo Sacrificio del Altar”<sup>15</sup>.

“El amor de Dios por nosotros es tan grande, que “como si aún no fueran suficientes todas las otras pruebas de su misericordia, instituye la Eucaristía para que podamos tenerle siempre cerca y —en lo que nos es posible entender— porque, movido por su Amor, quien no necesita nada, no quiere prescindir de nosotros”<sup>16</sup>.

La Trinidad se ha enamorado del hombre, elevado al orden de la gracia y hecho a su imagen y semejanza; lo ha redimido del pecado (...) y desea vivamente morar en el alma nuestra (...) Esta corriente trinitaria de amor por los hombres se perpetúa de manera sublime en la Eucaristía<sup>17</sup>.

## La celebración de la Eucaristía y participación de los fieles

Si la Eucaristía es tan importante, el sacerdote debe cuidar con gran amor y delicadeza la celebración de la Santa Misa, donde “nace” la Eucaristía. Obras son amores y no buenas razones, y por tanto la celebración esmerada del sacrificio del altar será la primera y mejor catequesis que el sacerdote puede hacer para que los fieles aprendan a amar y adorar al Santísimo Sacramento. Recordamos aquí solo algunos detalles, de tantos como podrían decirse, por la gran riqueza de matices de la celebración de la Misa, que han

6. San Juan Pablo II, Carta Apostólica Rosarium Virginis Mariae, n. 19.

7. cfr. Ecclesia de Eucharistia, n. 8 y 9.

8. Ibidem n. 11.

9. Benedicto XVI, Exh. Apost. Sacramentum caritatis, 22-II-2007, n. 1.

10. Ibidem n. 2.

11. Ibidem, n. 9.

12. Ibidem n. 6.

13. Es Cristo que pasa, n. 87.

14. Beato Álvaro, Orar. Como sal y como luz, n. 244.

15. Ibidem, n. 245

16. Es Cristo que pasa, n. 84.

17. Ibidem, n. 84 y 85.

vivido todos los sacerdotes santos a lo largo de la historia hasta nuestros días. Por citar alguno, bastaría recordar al Patrón de los sacerdotes, el Santo Cura de Ars, cómo celebraba la Misa y lo que dejó escrito sobre ella. Decía, por ejemplo, que si supiéramos verdaderamente lo que es la Misa, moriríamos, y añadía que la causa de la tibieza en el sacerdote es que no celebra bien la Santa Misa.

“Si la Eucaristía es centro y cumbre de la vida de la Iglesia, también lo es del ministerio sacerdotal. Por eso, con ánimo agradecido a Jesucristo, nuestro Señor, reitero que la Eucaristía «es la principal y central razón de ser del sacramento del sacerdocio, nacido efectivamente en el momento de la institución de la Eucaristía y a la vez que ella».(Carta Dominicae cenae, 24-II-1980, n. 115)”<sup>18</sup>.

El sacerdote no se debe “acostumbrar” a celebrar, porque no hay nada más importante y trascendente que pueda hacer cada día. Entre otras cosas, hay que conocer bien las normas litúrgicas sobre la celebración de la Misa. San Juan Pablo II recomendaba al final de su vida —no ya a los sacerdotes, sino incluso a los fieles seglares— estudiar a fondo la Ordenación General del Misal Romano para profundizar en el misterio de la salvación<sup>19</sup>. Nos dejó otras muchas recomendaciones de las que recogemos aquí algunas de ellas de carácter general.

Hay que cuidar todos los detalles de delicadeza en la preparación de la misa y en la celebración. Recordemos la unción de Betania: “Una mujer, que Juan identifica con María, hermana de Lázaro, derrama sobre la cabeza de Jesús un frasco de *perfume precioso*, provocando en los discípulos —en particular en Judas (cf. *Mt* 26, 8; *Mc* 14, 4; *Jn* 12, 4)— una reacción de protesta, como si este gesto fuera un «derroche» intolerable, considerando las exigencias de los pobres. Pero la valoración de Jesús es muy diferente. Sin quitar nada al deber de la caridad hacia los necesitados, a los que se han de dedicar siempre los



discípulos —«pobres tendréis siempre con vosotros» (*Mt* 26, 11; *Mc* 14, 7; cf. *Jn* 12, 8)—, Él se fija en el acontecimiento inminente de su muerte y sepultura, y aprecia la unción que se le hace como anticipación del honor que su cuerpo merece también después de la muerte, por estar indisolublemente unido al misterio de su persona”<sup>20</sup>.

“Como la mujer de la unción en Betania, *la Iglesia no ha tenido miedo de «derrochar»*, dedicando sus mejores recursos para expresar su reverente asombro *ante el don inconmensurable de la Eucaristía*”<sup>21</sup>.

Hay que subrayar la importancia del “ars celebrandi”, el valor de las normas litúrgicas: favorecer el sentido de lo sagrado y el uso de las formas exteriores que educan para ello: la armonía del rito, los ornamentos litúrgicos, la decoración y el lugar sagrado. “La sencillez de los gestos y la sobriedad de los signos (...) comunican y atraen más que la artificiosidad de añadiduras inoportunas”<sup>22</sup>. Se deben cuidar también y respetar “los ornamentos, la decoración, los vasos sagrados, para que (...) fomenten el asombro ante el misterio de Dios, manifiesten la unidad de la fe y refuercen la devoción”<sup>23</sup>, así como los libros litúrgicos, el canto adecuado, los silencios pre-

18. *Ibidem*, n. 31.

19. San Juan Pablo II, Carta Apostólica *Mane nobiscum Domine*, 7-X-2004, n. 17.

20. *Ecclesia de Eucharistía*, n. 47.

21. *Ibidem*, n. 48.

22. *Sacramentum caritatis*, n. 40.

23. *Ibidem*, n. 41b.



vistos, la presencia del Crucifijo en el altar o cerca de él, etc.

Es igualmente necesario la fidelidad a las normas litúrgicas: “por un malentendido sentido de creatividad y de adaptación, *no han faltado abusos*, que para muchos han sido causa de malestar. Una cierta reacción al «formalismo» ha llevado a algunos, especialmente en ciertas regiones, a considerar como no obligatorias las «formas» adoptadas por la gran tradición litúrgica de la Iglesia y su Magisterio, y a introducir innovaciones no autorizadas y con frecuencia del todo inconvenientes.

Por eso el Papa sentía el deber de “hacer una acuciante llamada de atención para que se observen con gran fidelidad las normas litúrgicas en la celebración eucarística. Son una expresión concreta de la auténtica eclesialidad de la Eucaristía; éste es su sentido más profundo. La liturgia nunca es propiedad privada de alguien, ni del celebrante ni de la comunidad en que se celebran los Misterios”<sup>24</sup>.

“El Misterio eucarístico —sacrificio, presencia, banquete— *no consiente reducciones ni instrumentalizaciones*; debe ser vivido en su integridad, sea durante la celebración, sea en el íntimo coloquio con Jesús apenas recibido en la comunión, sea durante la adoración eucarística fuera de la Misa. Entonces es cuando se construye firmemente la Iglesia y se expresa realmente lo que es: una, santa, católica y apostólica”<sup>25</sup>.

Algunos sacerdotes santos nos han transmitido detalles que vivían de modo habitual al celebrar la Santa Misa. Por ejemplo, San Josemaría Escrivá nos dice: “Yo aplaudo y ensalzo con los Angeles: no me es difícil, porque me sé rodeado de ellos, cuando celebro la Santa Misa. Están adorando a la Trinidad. Como sé también que, de algún modo, interviene la Santísima Virgen, por la íntima unión que tiene con la Trinidad Beatísima y porque es Madre de Cristo, de su Carne y de su Sangre: Madre de Jesucristo, perfecto Dios y perfecto Hombre. Jesucristo concebido en las entrañas de María Santísima sin obra de varón, por la

sola virtud del Espíritu Santo, lleva la misma Sangre de su Madre: y esa Sangre es la que se ofrece en sacrificio redentor, en el Calvario y en la Santa Misa”<sup>26</sup>.

Del carácter central de la Eucaristía en la vida y en el ministerio de los sacerdotes se deriva también su puesto central en la *pastoral de las vocaciones sacerdotales* (...) La diligencia y esmero de los sacerdotes en el ministerio eucarístico, unido a la promoción de la participación consciente, activa y fructuosa de los fieles en la Eucaristía, es un ejemplo eficaz y un incentivo a la respuesta generosa de los jóvenes a la llamada de Dios”<sup>27</sup>.

En cuanto a la **participación fructuosa de los fieles** es importante que sea verdaderamente una participación, y no una mera “asistencia”. El Concilio Vaticano habló de la “participación activa, plena y fructuosa de todo el Pueblo de Dios en la celebración eucarística”<sup>28</sup>. Se trata de que los fieles tengan una “mayor conciencia del misterio que se celebra y de su relación con la vida cotidiana”. No pueden limitarse, decía el Concilio, a ser “espectadores mudos o extraños”, sino a participar “consciente, piadosa y activamente en la acción sagrada”<sup>29</sup>.

Para lograrlo, ayudará “prepararse” previamente con un rato de oración cuando sea posible. “Favorece la disposición interior, por ejemplo, el recogimiento y el silencio, al menos unos instantes antes de comenzar la liturgia, el ayuno y, cuando sea necesario, la confesión sacramental”<sup>30</sup>.

En ese rato se pueden leer y meditar las lecturas de la Misa para “aplicarse” la Palabra de Dios, sobre todo cuando no hay homilía. Deben actualizar los fines de la misa para aprovechar mejor las diversas oraciones: en primer lugar para adorar a Dios (fin latréutico), después para dar gracias por tantos dones recibidos (fin eucarístico), luego para desagraviar y pedir perdón por los propios pecados y los ajenos (fin expiatorio) y por último pedir por las necesidades espirituales

24. Ecclesia de Eucharistia, n. 52.

25. Ibidem n. 61.

26. Es Cristo que pasa, n. 89

27. Ibidem

28. Const. Sacrosanctum Concilium, nn. 14-20; 30; 48.

29. cfr. Sacramentum caritatis, n. 52

30. Ibidem, n. 55a



y materiales (fin impetratorio). Así se irán preparando bien para el momento de la Consagración y luego la Comuni3n. Procurar3n quedarse unos minutos en acci3n de gracias al terminar la celebraci3n. Naturalmente, lo deseable es que puedan comulgar, para lo cual es necesario estar en gracia, como recuerda el Catecismo de la Iglesia: «Quien tiene conciencia de estar en pecado grave debe recibir el sacramento de la Reconciliaci3n antes de acercarse a comulgar» (CIC 1385) Deseo, por tanto, reiterar que est3 vigente, y lo estar3 siempre en la Iglesia, la norma con la cual el Concilio de Trento ha concretado la severa exhortaci3n del ap3stol Pablo, al afirmar que, para recibir dignamente la Eucarist3a, «debe preceder la confesi3n de los pecados, cuando uno es consciente de pecado mortal» (Discurso a la Sagrada Penitenciar3a, 30.I.1981)<sup>31</sup>. En resumen, la actuosa participaci3n les llevar3 a un esp3ritu de conversi3n continua, que ha de caracterizar la vida de cada fiel.

San Josemar3a aconsejaba: «Amad la Misa, hijos m3os, amad la Misa. Y comulgad con hambre, aunque est3is helados, aunque la emotividad no responda: comulgad con fe, con esperanza, con encendida caridad»<sup>32</sup>. Y afirmaba, tomando el ejemplo del amor humano: «No ama a Cristo quien no ama la Santa Misa, quien no se esfuer-

za en vivirla con serenidad y sosiego, con devoci3n, con cari3o. El amor hace a los enamorados finos, delicados; les descubre, para que los cuiden, detalles a veces m3nimos, pero que son siempre expresi3n de un coraz3n apasionado. De este modo hemos de asistir a la Santa Misa»<sup>33</sup>.

El beato Alvaro del Portillo recomendaba no acostumbrarse nunca a celebrarla o a participar en ella, porque «el Sacrificio del altar es el portento m3s extraordinario que se lleva a cabo en este mundo nuestro». Es como «desligarse de los lazos caducos de lugar y de tiempo (...) para situarse en la cima del G3lgota, junto a la Cruz donde Jes3s muere por nuestros pecados»<sup>34</sup>.

Como el Papa ha recordado alguna vez, una norma elemental pero que puede descuidarse es evitar el uso del tel3fono m3vil: ni recibir llamadas, ni enviar mensajes.

«Es conveniente *cultivar en el 3nimo el deseo constante del Sacramento eucar3stico*. De aqu3 ha nacido la pr3ctica de la «comuni3n espiritual», felizmente difundida desde hace siglos en la Iglesia y recomendada por Santos maestros de vida espiritual. Santa Teresa de Jes3s escribi3: «Cuando [...] no comulg3redes y oy3redes misa, pod3is comulgar espiritualmente, que es de grand3simo provecho [...], que es mucho lo que se imprime el amor ans3 deste Se3or»<sup>35</sup>. Muchos miles de personas en todo el mundo repiten esta comuni3n espiritual, que un religioso ense3a a San Josemar3a de peque3o: «Yo quisiera Se3or recibirlos con aquella pureza, humildad y devoci3n con que os recib3 vuestra Sant3sima Madre; con el esp3ritu y fervor de los santos»

## La Adoraci3n

Las ense3anzas del Magisterio sobre la adoraci3n al Sant3simo son abundant3simas, y de todos los tiempos. La adoraci3n es «fuente inagotable de santidad»<sup>36</sup> y hay una «relaci3n intr3seca entre la santa Misa y la adoraci3n al Sant3simo

31. Ibidem n. 36.

32. Es Cristo que pasa, n. 91.

33. Ibidem n. 92.

34. Beato Alvaro del Portillo, Orar. Como sal y como luz, n. 241.

35. Ibidem n. 34.

36. Ecclesia de Eucharist3a, n. 10.

Sacramento (...) La adoración eucarística no es sino la continuación obvia de la celebración eucarística”<sup>37</sup>.

“El culto que se da a la Eucaristía fuera de la Misa es de un valor inestimable en la vida de la Iglesia. (...) Corresponde a los Pastores animar, incluso con el testimonio personal, el culto eucarístico, particularmente la exposición del Santísimo Sacramento y la adoración de Cristo presente bajo las especies eucarísticas”<sup>38</sup>.

“Es hermoso estar con Él y, reclinados sobre su pecho como el discípulo predilecto (cf. *Jn* 13, 25), palpar el amor infinito de su corazón. Si el cristianismo ha de distinguirse en nuestro tiempo sobre todo por el « arte de la oración » ¿cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento?”<sup>39</sup>.

Es muy conveniente que en todas las ciudades haya alguna o algunas iglesias y templos —según los habitantes— en los que el Santísimo esté expuesto muchas horas a lo largo del día; y al menos en alguno la adoración perpetua, con las debidas medidas de seguridad y prudencia. Y Benedicto XVI aconseja que “en la preparación de la primera comunión se inicie a los niños en el significado y belleza de estar junto a Jesús, fomentando el asombro por su presencia en la Eucaristía”<sup>40</sup>.

En esos momentos junto al Sagrario, es muy conveniente que haya algún sacerdote en el confesionario, para facilitar la confesión de todo el que lo desee. Como es sabido, la relación entre ambos sacramentos es muy importante en la vida cristiana.

## **Influencia de la Eucaristía en la vida diaria y en la evangelización**

El trato con el Señor en la Eucaristía nos lleva inmediatamente a pensar en darlo a conocer. Como escribía San Juan Pablo II, “el encuentro

con Cristo, profundizado continuamente en la intimidad eucarística, suscita en la Iglesia y en cada cristiano *la exigencia de evangelizar y dar testimonio*”<sup>41</sup>.

Benedicto XVI escribió que “la espiritualidad eucarística no es solamente participación en la Misa y devoción al Santísimo Sacramento. Abarca la vida entera”<sup>42</sup>. Hay que contrarrestar el secularismo, que “relega la fe cristiana al margen de la existencia, como si fuera algo inútil respecto al desarrollo concreto de la vida de los hombres. El fracaso de este modo de vivir ‘como si Dios no existiera’ está ahora a la vista de todos. Hoy se necesita redescubrir que Jesucristo no es una simple convicción privada o una doctrina abstracta, sino una persona real cuya entrada en la historia es capaz de renovar la vida de todos” Siguiendo las enseñanzas de San Pablo a los Romanos (cfr 12,2) es necesaria “la relación entre el verdadero culto espiritual y la necesidad de entender de un modo nuevo la vida”<sup>43</sup>.

Viviendo de esta manera, la participación en el Sacrificio eucarístico, que alimenta y acrecienta el afán de santidad que ya se nos dio por el Bautismo, debe “aflorar y manifestarse también en las situaciones o estados de vida en que se encuentra cada cristiano”, siendo “testigos visibles (de Jesucristo) en su propio ambiente de trabajo y en toda la sociedad”. De este modo, los fieles laicos puede y deben “vivir plenamente su propia vocación a la santidad en el mundo”<sup>44</sup>.

La coherencia eucarística de nuestra vida ha de manifestarse también en nuestras relaciones sociales: “en el testimonio público de la propia fe”, porque “no podemos guardar para nosotros el amor que celebramos en el Sacramento. Este exige por su naturaleza que sea comunicado a todos”, porque “lo que el mundo necesita es el amor de Dios, encontrar a Cristo y creer en Él”<sup>45</sup>.

La «cultura de la Eucaristía» promueve una cultura del diálogo, que en ella encuentra fuerza y alimento. Se equivoca quien cree que la referen-

37. *Sacramentum caritatis*, n. 66.

38. *Ibidem* n. 25.

39. *Ibidem* n. 48.

40. cfr. *Ibidem* n. 67a.

41. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 24.

42. *Sacramentum caritatis*, n. 77.

43. *Ibidem*.

44. *Ibidem*, n. 79.

45. *Ibidem*, n. 84.



cia pública a la fe menoscaba la justa autonomía del Estado y de las instituciones civiles, o que puede incluso fomentar actitudes de intolerancia (...) Quien aprende a decir «gracias» como lo hizo Cristo en la cruz, podrá ser un mártir, pero nunca será un torturador”<sup>46</sup>.

En palabras del Papa Francisco, “somos llamados a vivir la contemplación en medio de la acción, y nos santificamos en el ejercicio responsable y generoso de la propia misión”<sup>47</sup>.

### **El Caballero de Gracia y la Asociación Eucarística que lleva su nombre**

En los largos cuatro siglos de existencia de la Asociación —y en las que a su amparo nacieron en otros puntos de España y de América—, hemos procurado ayudar a los asociados a crecer día a día en su amor a Jesús Sacramentado, y que ese amor se plasme en obras en la vida personal, tal y como hemos recordado, para “la animación cristiana del orden temporal y el ejercicio de la caridad y las obras de misericordia con los necesitados”<sup>48</sup>. La Misa de la Asociación el primer domingo de mes, la visita diaria al Santísimo, la oración ante el Santísimo expuesto en la Custodia, la devoción a la Virgen, la asistencia a los retiros espirituales, conferencias y clases doctrinales, la confesión frecuente y la dirección espiritual, etc., son algunos de los medios previstos para conseguirlo. Es la concreción del “ejercicio cotidiano de la Oración mental, y demás de piedad, y penitencia, que introdujo en esta santa Congregación su Venerable Fundador Jacobo de Gracia”<sup>49</sup>, como decía una de las antiguas Constituciones.

El Caballero de Gracia, hasta pocos días antes de morir con 102 años, estuvo celebrando la Santa Misa, predicando, confesando feligreses y haciendo una dura penitencia de ayuno y abstinencia todas las semanas. Cuidó esmeradamen-



te la dignidad del culto eucarístico. Como escribe su primer biógrafo, Alonso Remón, en 1620, influyó mucho en la devoción al Santísimo Sacramento en el Madrid de su época, “instituyendo Hermandades, levantó Cofradías, fundó Congregaciones...” y aumentó la “devoción y la grandeza con que se celebraba toda la octava del Santísimo Sacramento del Altar en muchas y diferentes iglesias y monasterios de esta Corte”, con música, buenos predicadores, fiestas literarias y colgaduras, “con tanta devoción y fervor y celebradas con tanta solemnidad que llena de admiración a todo el mundo. De todo esto fue autor y primer fundador el Caballero de Gracia, y a él se debe mucha parte de lo mucho que en Madrid se ha continuado la solemnidad de semejantes fiestas”. Además, otras fundaciones que promovió para enfermos y niños huérfanos y abandonados —hospitales y un colegio—, son una muestra de

46. Ibidem, n. 26.

47. Gaudete et exultate, n. 26.

48. Estatutos vigentes de la Asociación Eucarística del Caballero de Gracia, 4-V-1993, art. 3º.

49. Constituciones de la Real y Venerable Congregación de sus Indignos Esclavos de Santísimo Sacramento, año 1781, Constitución II.



cómo el amor a Jesús Sacramentado se plasma en realidades humanas de amor a los más necesitados, a lo que antes nos referíamos.

San Simón de Rojas, su primer sucesor, comenzó su proceso de beatificación a los pocos años de morir, en 1623. Por causas desconocidas la documentación se perdió años más tarde y no se llegó a enviar a Roma. Su fama de santidad ha estado viva con el paso de los siglos, como puede verse en los documentos de nuestro archivo. La leyenda que surgió dos siglos después de su muerte no tiene ningún fundamento histórico, —atribuyéndole un tipo de vida frívolo, aunque después se habría convertido— prescindiendo de los datos objetivos que constan en tantos documentos. Ahora, el pasado 14 de noviembre, se ha comenzado de nuevo este proceso que confiamos sea para la mayor gloria de Dios y el bien de la Asociación Eucarística y muchas personas. Para mayor información puede consultar-

se la página web del Oratorio: [www.caballero degracia.org](http://www.caballero degracia.org).

En los diversos documentos de los Papas se habla de la influencia de los santos “que han encontrado en la Eucaristía el alimento para su camino de perfección”<sup>50</sup>. El Caballero de Gracia, aunque aún no haya sido declarado santo, creemos que es uno de ellos.

Por último, deseo citar otro ejemplo de santidad por su amor a Jesús Sacramentado: Guadalupe Ortiz de Landázuri, la primera mujer del Opus Dei que va a ser beatificada en Madrid el próximo 18 de mayo, y cuyos restos se veneran en nuestro Oratorio. Murió en 1975 con 59 años de edad, a consecuencia de una grave enfermedad de corazón. Se santificó en su trabajo de Catedrática de Química, y en la atención de muchas personas como directora de varias residencias de estudiantes, y en México en la promoción humana y cristiana de cientos de mujeres campesinas. Sacaba las fuerzas y una alegría contagiosa de su trato diario con el Señor en la oración, en la comunión y en la penitencia. En la página web del Opus Dei puede verse una información detallada de su vida.

Guadalupe vivió lo que el Papa Francisco recomendaba estos días a los miles de jóvenes de la JMJ en Panamá, y hemos de vivir todos: “Estando frente a Jesús, cara a cara, anímense, no tengan miedo de abrirle el corazón, para que Él renueve el fuego de su amor, que los impulse a abrazar la vida con toda su fragilidad, con toda su pequeñez, pero también con toda su grandeza y su hermosura”<sup>51</sup>. “Podremos tener todo, pero, queridos jóvenes, si falta la pasión del amor, faltará todo. ¡La pasión del amor hoy! ¡Dejemos que el Señor nos enamore”<sup>52</sup>.

Muchas gracias por la atención a mis palabras y quedo a su disposición por si alguno o alguna desea hacer alguna pregunta o comentario.

Juan Moya

50. San Juan Pablo II, Carta Apostólica *Mane nobiscum*, 7-X-2004, n. 31; cfr. *Ecclesia de Eucharistía*, n. 25.

51. Francisco, JMJ, Vigilia con los jóvenes, Panamá, 26-I-2019.

52. *Ibidem*, Homilía de la Misa, JMJ, Panamá 27-I-2019.